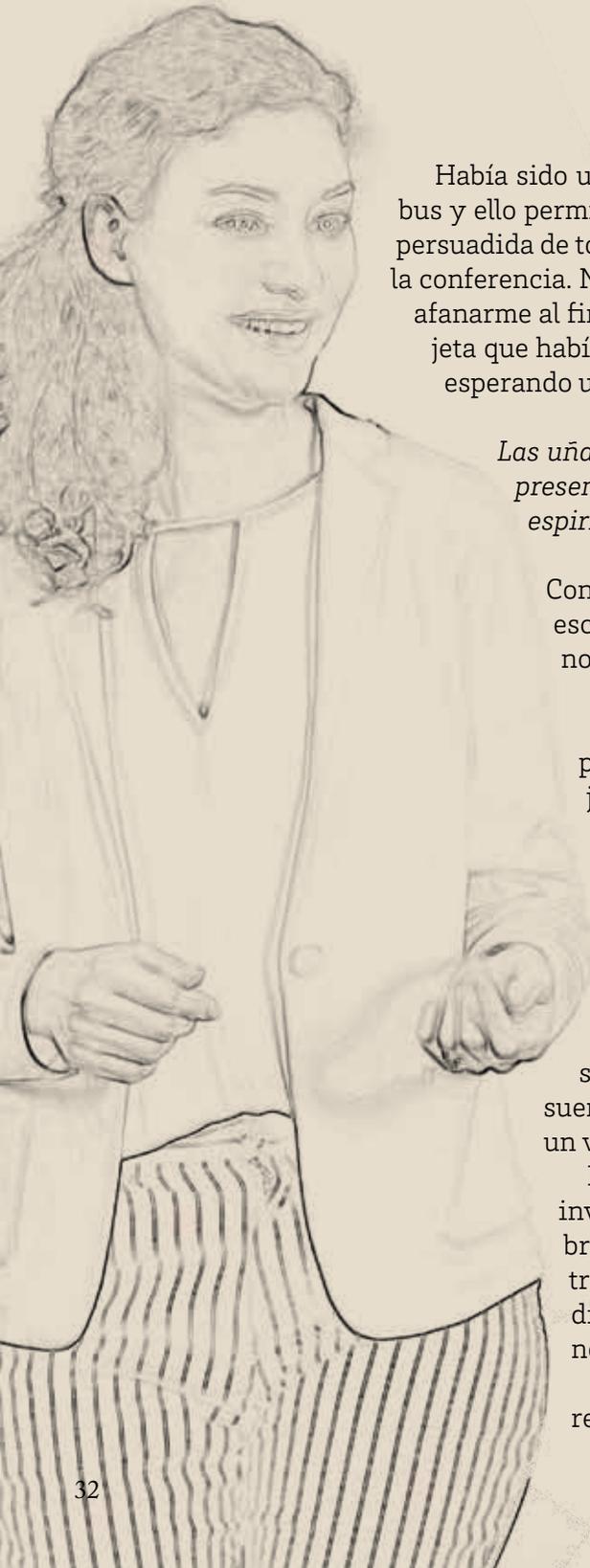


# EL AUTÓGRAFO

VÍCTOR LÓPEZ RACHE

Poeta, narrador y ensayista colombiano



Había sido una semana de pocas requisas a manos de las tribus y ello permitía regresar en calma a la casa. Subí las escaleras persuadida de tomarme un descanso antes de ponerme a preparar la conferencia. No quería quedarme dormida para luego tener que afanarme al final. Abrí y, de manera instintiva, levanté una tarjeta que había sido metida por debajo de la puerta. La leí como esperando una invitación de algún admirador secreto.

*Las uñas están dotadas de misterios, son esenciales en la presentación y, sobre todo, revelan el grado de vocación espiritual. ¡Cuida la expresión de tus uñas!*

Con cierta ironía metí la tarjeta debajo del vidrio del escritorio. Seguí yendo al Instituto y, no sé por qué, no hice ningún comentario.

En las noches me sentaba a calificar trabajos, preparar clases y, de vez en cuando, leía el mensaje y lo interpretaba de forma distinta. Si la tentación se acentuaba hasta el punto de distraerme, le ponía un libro encima y empezaba a preparar la conferencia sobre “La nutrición en el siglo XVI”. Miré la agenda electrónica y estaba a un mes y dos semanas.

Una mañana me levanté confundida, llegué al escritorio y saqué la tarjeta. El mensaje inofensivo y la calidad de la impresión merecían mejor suerte que el fuego; pero al meterla debajo del vidrio un vacío me obligó a ir al baño.

Debido a un viaje intempestivo de la directora, fui invitada a hablar acerca de *El Hombre Moderno*. Tres breves días para preparar la charla jugaban en contra mía; pero la amplitud del título permitía abarcar distintas facetas y los desaciertos apenas serían notorios.

—Te sirve para mejorar tu imagen —me dijo la directora.

Vi palpar agua sincera en sus ojos y acepté.

Era una oportunidad inesperada y pasé por el salón de belleza. Mientras el chico me peinaba la administradora me preguntó si me mandaba arreglar las uñas y, sorprendida, recordé la tarjeta y me dio miedo sacar las manos y con la cabeza le dije, no.

—Las uñas son lo más importante en una mujer —opinó una esbelta joven que salía.

—Se me hace tarde —respondí, incómoda—, debo dictar una conferencia.

El público rebasaba la capacidad de El Paraninfo y mi presencia fue bien recibida. Las rosas en el centro de la mesa me estimulaban a ampliar la disertación y duré hablando media hora más de lo normal; pero les pareció corta la charla y debí responder algunas preguntas. La última pasaba de enredada a capciosa, se me cruzaron las ideas y alargué la respuesta sobre las influencias de la modernidad en las relaciones espirituales de las personas de a pie. Para concluir tomé un sorbo de agua y atenta a la reacción del público dije, por ejemplo, nuestra sociedad gasta más dinero en arreglarse las uñas que en la salud mental. Hubo aplausos e incluso los rostros de naturaleza amarga alcanzaron a reír.

A la salida continuaban los elogios. Varios celulares me tomaban fotografías y, en el desorden de las felicitaciones, una bella mujer se acercó señalándome la parte inferior de una página blanca.

—Profesora, ha sido genial, ¿me podría firmar un autógrafo?

La observé con cierto desdén y, de una manera tan ingenua como dulce, ella me explicó:

—Es para poner tu fotografía en la parte de arriba. Orgullosa firmé con sumo cuidado.

—Me llamo Viviam, felicitaciones —volvió a decirme y, acercándose a mi oído, agregó—: Pero cuida tus uñas.

Esa noche disfrutaba las ideas que me suscitaban las ocurrencias cotidianas vistas sin la profundidad de la investigación. Las uñas habían sido fundamentales en el desarrollo primitivo de las especies. Una uña redonda cumplía funciones distintas a una aguda. Las uñas eran una manifestación externa de los huesos y en una mano pulcra expresaban una sonrisa tan seductora como la de unos dientes bellos. Detenida en el hallazgo me sorprendió la idea de ilustrar con las uñas la conferencia sobre "La nutrición del siglo XVI" y le di gracias a la espontánea Viviam. Convertí la idea en un secreto profesional. Pero a la par me fue acompañando un sueño profundo y largo. Me ponía a seleccionar el material y la somnolencia se apoderaba de mí y creí injusto abrir y cerrar persianas. Pensé en un sedante proporcionado por alguna colega celosa de mis triunfos. Con disimulo ponía atención cuando en la sala de profesores debíamos compartir el tinto. El sueño continuaba y, a pesar del despertador, cada día me levantaba más tarde.

Alumnos y colegas me veían soñolienta y no dejaban de mirarse.

—¿Cómo va la investigación de los Niños del Chocó? —me preguntó una compañera.

—Es sobre la "nutrición del siglo XVI". Y pienso ilustrarla con el poder de las uñas.

—Magnífica idea —dijeron quienes escucharon mi respuesta.

La información de internet carecía de sustento académico y al siguiente día debí ir a la biblioteca. La fila estaba larga y el tiempo acabó de afanarme. Tomé la ficha y me dirigí a la sección. Había un estante de enciclopedias y sobresalía una de 25 tomos. Cada tomo se ocupaba de las uñas de un siglo. El siglo xx tenía dos. Llevé a la sala de lectura el xvi y empecé a trabajar; pero la somnolencia le ganaba a mi optimismo y, en el primer capítulo, me quedé dormida. En un auditorio exquisito citaba frases prodigiosas y, de súbito una tos, mía o del vigilante, no sé, me despertó. El pelo me rodeaba la cara y no estaba en sus mejores condiciones. Traté de disimular la vergüenza arreglándome la bufanda de seda. Miré la hora en el reloj de la pared y el mediodía hacía rato había pasado. Pasé a recepción a entregar la ficha y una fina espalda dominaba la fila. La joven se volteó y, risueña, me dijo:

—Quien duerme demasiado no tiene tiempo ni para arreglarse las uñas.

Dejé caer la ficha sobre el escritorio y la falta de sosiego me impidió recibir la cédula. La joven extendió las manos y sus bellas uñas estremecieron mi interior.

—No puedes recordarme, comprendo.

—En verdad, no... —le dije como saliendo de una pesadilla—, con tantos...

—Sólo te fijas en quienes te piden autógrafos especiales, ¿no?

Apuré la salida, en la puerta volteé asustada y ella seguía mis movimientos. Sin necesitarlo, paré un taxi.

Empecé a soñar con las uñas. Las veía en manos de bebé, en animales salvajes, en hadas. El retraso en el avance de La Conferencia se solucionó de manera milagrosa. Como dormía en exceso soñaba sin límites. Eran sueños nítidos y, sin pensar siquiera en una aromática, me levantaba con las ideas listas. Parecía que una voz lejana me dictaba mientras yo transcribía. Toda uña revela la cantidad de verduras que consume un pueblo, el grado de civilización y sus comportamientos espirituales. No es un capricho de la naturaleza que un ser nazca con uñas y que después de muerto las uñas le crezcan. La uña confirmaría que todas las especies provienen del mismo misterio; las aletas de los peces fueron uñas y las alas de los ángeles fueron uñas. Existe una especie de felinos y varias de insectos que tienen el aparato reproductor en la uña menos débil. Un pueblo del Lejano Oriente con las uñas labró preciosas vajillas. En Islas Tahiquirá existe el edén de las uñas. El jefe natural de la tribu debe dejarse crecer las uñas y, una vez tocan el piso, unidas dan la vuelta, se yerguen hacia el cielo y, cuando han superado la estatura en dos palmos, se ramifican de nuevo y, a su dueño, fuera de insignia de poder, le sirve de sombrilla cuando las lluvias no son muy fuertes. Este ser privilegiado gobierna a los 370 habitantes de su comunidad con la energía de un rey y recibe la comida de súbditas preparadas para satisfacer sus apetitos. Una congregación halló en las uñas el principio de Dios y lo sustenta con un verso enigmático del Antiguo Testamento; con el mismo verso, otra predica la culpa original de las uñas y ve las del Diablo en las manos libidinosas. En este milenio las uñas cobrarán su principal influencia: no serán medio de trabajo ni de poder, sino símbolo de veneración. En lo estético; en lo político; la justicia logra testimonios imposibles acudiendo a las uñas.

La preparación de La Conferencia seguía adelante y, a medida que superaba las pequeñeces de la calle, las ironías de los colegas y los temores a la tarjeta, me maravillaba la importancia que han tenido las uñas a lo largo del desarrollo humano. Científicos descifraron parte de los posibles comienzos del hombre en una uña de 150 millones de años que hallaron en los desaparecidos mares de África. Mi investigación avanzaba, sólida, en las distintas ramas de la ciencia y yo soñaba con remplazar a la directora tan pronto se pensione; pero Viviam una tarde volvió a llamarme:

—Profesora, ¿cómo van tus uñas? Lo mismo que en otras partes, en la biblioteca fuiste altiva con mi...

Le azoté el teléfono. Hondos agujeros se expandieron dentro de mí. Era la séptima llamada en menos de quince días. El teléfono volvió a timbrar y llena de ira me tapé los oídos, acción que no habría podido intentar si hubiese tenido las uñas largas. Dentro del susto sonreí; el detalle abriría la imaginación del auditorio y, satisfecho, reconocería la responsabilidad con que yo había adelantado la conferencia sobre "La nutrición del siglo xvi". Tenía en cuenta puntos de vista, matices e investigaciones rigurosas y empíricas. Las referencias negativas enriquecen aún más que las positivas y busqué no menos de cinco ejemplos. Salí a dictar mis clases oscilando entre los hallazgos afortunados y las impertinencias fortuitas.

—¿Puede escucharme, por favor? —en la entrada, esa noche, me dijo una joven. La miré huidiza.

—Tus conferencias y tus clases son lo último —incrementó la seriedad—; pero con esas uñas se ve tan fea como un hombre que no viste a la moda.

Quedé fría bajo la luz desvanecida de las bombillas de neón. ¿Era la joven de la biblioteca, era una doble de Viviam, o la propia Viviam? Pensé en mi cédula. Debía poner el denuncia; después de diez días no aparecía en el Banco de Documentos Perdidos. ¿Ella estiró la mano para recibirla y yo sólo le vi sus hermosas uñas?

—No soy Viviam, ni las otras, no te angusties —dijo la joven y se marchó.

Traté de cubrir el rostro con la bufanda, ¿qué impulso me llevó a firmarle la hoja donde me indicaba tan extraña mujer? ¡Dios mío, por qué no rescaté mi cédula!

Dicté la clase con la cabeza lejos del salón y, desconsolada, abandoné El Instituto.

Había recorrido media cuadra y un colega, distinguido y juguetón, en lugar de pasar de largo, a un ambulante le compró una rosa y me la regaló. Nos detuvimos en la esquina a elegir una taberna y el amague de pelea de dos tribus nos obligó a cambiar de planes. Mis agobios superaban los límites de la decencia, le insinué una relación espontánea, él me miró incrédulo, mis labios temblaron y mi rostro acabó de sonrojarse. Estábamos cerca y en un taxi partimos a su apartamento de solitario. Mi felicidad empezaba donde la de él se transformaba en delirio. Buscando eternizar el instante, balbuceaba, "las uñas son el alma dócil de la bestialidad femenina, hondo, mi amor, ¡ensártalas!, hondo". No pude cumplir sus fantasías y él hizo un gesto, se volteó y terminó dormido contra la pared.

—¡Tienen que mejorar aún más! —en voz alta me dije saliendo para mi casa—. ¡Si las vuelvo a descuidar me corto los dedos!

Fue un reto feliz en lo estético y una salida triste en lo espiritual; pues la somnolencia aumentó y acudí a remedios caseros, a viejas amigas del colegio; alcancé a llamar a dos líneas de emergencia. La directora me remitió al consultorio donde enviaba a las colegas conflictivas y, mientras analizaba mis uñas, la siquiatra me formuló drogas contra el sueño. Todo dependía de mí, fue la conclusión. Analicé con nervios prácticos. Debía cuidar la salud y la presentación. Decidí redondear la conferencia sobre "La nutrición del siglo XVI".

—¿Vieron la noticia? —diez días después, en la sala de profesores, dijo la de sociales.

—¿La de los Niños del Chocó? —dijo la preocupada por lo imposible.

—¡Oye, hija, despierta! —le corrigieron otras dos—. ¡La importante!

Una red de adictos a la fealdad atentaba contra el libre ejercicio de las salas de belleza y las empresas de cosméticos. Un colega le quitaba a otro la palabra e ironizaba la noticia, y yo estaba tan dedicada a mis uñas que pasaba inadvertidos los mensajes ocultos en los comentarios y las risas. De fortuna los expertos en la simbología de las uñas habían facilitado la información a tiempo. La inexplicable alergia a los cuidados personales venía provocando una catástrofe económica, desestabilizaría la democracia y terminaría destruyendo la libertad. La red ordenaba la salida del país de los gerentes de las cadenas de cosméticos de procedencia extranjera. El manifiesto estaba firmado e investigaban si la firma era auténtica. La carcajada les hizo derramar el tinto y yo pensé agregarle a La Conferencia el humor que suscitaban las uñas en escépticos e intelectuales. La droga mantenía abiertos mis párpados y día a día dejaba de llevarme los dedos a la boca. Como si fuera por entregas, la siguiente semana la noticia develó nuevas pistas y el lunes, a la hora del descanso, fui a comentarla; pero cuando abrí el periódico el profesor de matemáticas dijo:

—¡Qué manos!

El colega de aquella noche vio mis uñas y su rostro manifestó un sonrojo feliz. Yo sonreí y, además, pensé mejorar mi forma de amar. Mirándome las uñas mañana y tarde esperaba que los dedones desaparecieran junto con las llamadas de Viviam. También pensaba en mis compromisos con el Instituto. Me adelantaba a los tiempos venideros y mi importancia crecía sin descanso. Mis uñas eran eternizadas en una urna de cristal y mi memoria venerada como la de una santa. Miraba mis uñas y a ellas confío mi salud y mi porvenir. Sonreí. Al fin de cuentas el tema de La Conferencia era de inmensa aceptación y, por lo tanto, pocos expertos asistirían a El Paraninfo. Mis alumnos aplaudirían y mis colegas quedarían sorprendidos. Si alguna alma envidiosa había propiciado en mí la somnolencia, ignoraba que los sueños solucionan enigmas que nadie puede resolver despierto. Me sentí afortunada e, incluso, pensé darle créditos a la anónima Viviam. También pasé por alto los nuevos detalles de la noticia.

—Idea magnífica, y sólo se me ocurre a mí. ¡Bravo ticher! —exclamé con una alegría tan rara que el tono seco me humedeció los ojos.

Cuando creí justo observé el calendario del escritorio y La Conferencia era el

viernes a las siete de la noche. El optimismo era doble. La Conferencia había madurado sola y, fértiles, las uñas reafirmaban mi personalidad. Las cuidaba como a una flor de delicadas texturas. En un momento pensé que el ser humano puede vivir sin rezar y sin entender; pero no sin uñas. Si la dinámica del auditorio lo permitía, lo diría sin vacilaciones. Me veía radiante y elegí la mañana del viernes para ir al salón de belleza. En La Conferencia quería ilustrar la charla con mi propia experiencia. Entrecerré la mano y las uñas expresaban una bonita sonrisa. El jueves me iba a acostar; pero timbró el teléfono.

—Las uñas van bien, lo sé —acentuó el tono—; pero lo haces para enmascararte. ¿Mañana quieres legitimarte en El Paraninfo?

—Por favor, no más tormentos, yo...

—A la madrugada te visitan unas amigas —me cortó Viviam—; amable, ¿no?

Quise huir; pero las peleas entre las tribus urbanas impedían transitar a altas horas de la noche, más a una mujer sola. Me acosté y quedé dormida. Empecé a soñar en El Paraninfo. El auditorio me lanzaba besos, rosas. Soñaba tan feliz que, cuando franquearon la puerta, oí un estruendo de aplausos. En mi pijama aguamarina trataba de discernir si estaba en una pesadilla de la realidad o en la de un sueño.

—Sacas las uñas para combatirnos —repetía la jefa, mientras las otras la seguían.

—¿Les preparó un tinto o aromática? —entre dormida y despierta, les dije.

La intensa luz de sus linternas volvía inofensiva la presencia de las visitantes. No se oían transeúntes ni las habituales tropelías de las tribus y el escaso tráfico pasaba veloz. Una mujer, bella, imponente y casi mayor, dirigía la inspección. Con su fascinante paso revisaban mi alcoba y mi estudio. El rostro se les iluminó mirando la tarjeta que guardaba debajo del vidrio del escritorio. Era la jefa, y abrió una carpeta, y yo sentí en el estómago el hielo del vacío; pero ellas me impidieron ir al baño. En la boca de la escalera reconocí a Viviam y creí recobrar el aplomo.

—Entra, por favor —intentaba decirle.

La jefa empezó a leer una página. La red perseguía la humana inclinación estética que buscaba perfeccionar los errores de la naturaleza. Me mostró la hoja y debajo de mi autógrafo, impecablemente escritos en computador, estaban la dirección y el teléfono y, en una hoja anexa, la fotocopia autenticada de mi cédula. No pude respirar y no tenía la bufanda para cubrirme la cara. A través de la cortina vi en el antejardín una camioneta de vidrios polarizados. La escoltaban patrullas y motos.

—¿Es tu firma?

Recordé la promesa de Viviam de poner, en la parte de arriba, mi fotografía y traté de mirarla; pero hasta las lágrimas me habían abandonado.

—¿Preparo las agujas o los alicates? —preguntó la joven que frente a mí leía en la biblioteca.

—Tiene las uñas largas —intervino otra.

—¿Es tu firma, sí o sí! —volvió a gritar la jefa.

Nada pude decir. Nada había que decir. Nada debía decir. **U**